

GRACIANO PALOMO

Los secretos de la derecha española

LA LARGA MARCHA

De Rajoy a Casado

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo</i>	13
1. CUANDO EL HOMBRE DE HIELO ROMPIÓ EL VASO	73
2. LA JUSTICIA, DE CACERÍA	92
3. DEL ARAHY AL AVERNO	124
4. VIAJE SIN RETORNO	156
5. LA LARGA MARCHA DE ZAPATONES	200
6. DEL OLIMPO A LA NADA	252
7. CON LOS BICHOS DENTRO	272
8. AQUEL FELIZ MUCHACHO DE HUSILLOS	320
9. PRINCIPIO DEL FIN: DEL MEDIO AL MENSAJE	346
10. DE LOS CIEN DÍAS A LA NOCHE TRISTE	382
11. LA FORTALEZA, BAJO ASEDIO	420
12. RUMBO A ÍTACA	485
<i>Epílogo</i> . El futuro como presente	539

Un ensayo-crónica de las características del que usted, amigo lector, tiene en sus manos conlleva mucho trabajo de campo, investigación, comprobación. Un libro de actualidad política donde se cita a miles de personas con nombres y apellidos, se reproducen centenares de hechos, sucedidos y anécdotas reveladoras, conlleva un esfuerzo ímprobo en busca de la verdad y la objetividad de lo que se relata.

De modo y manera que gracias a todos aquellos que han coadyuvado a ese ejercicio. Especialmente, a mis colegas Luis Balcarce, el mejor especialista español en medios; a Manuel Ortega, el hombre de la memoria infinita; a José Manuel Concejero, presto y dispuesto a echar una mano; a Laura y Guillermo Renilla; a Enrique García Agüera, entrañable en cualquier estación, y a todas aquellas fuentes generosas y cabales que no desean aparecer, porque somos un país sureño y en esta tierra desencuadrada todavía pervive, para nuestra desgracia, un ancestral y viejo espíritu cainita.

Prólogo

Dies irae, dies illa

*Dies irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla
Teste David cum Sybilla!
Quantus tremor est futurus
Quadam iudex est venturus
Tuba mirum spargens sonum
Per sepulcra regionum,
Coget omnes ante thronum
Mors stupebit et Natura,
Cum resurget creatura,
Judicanti responsura.*

(Día de la ira, día aquel en que los siglos se reduzcan a cenizas como testigos el rey David y la Sibila. ¡Cuánto terror habrá en el futuro cuando el juez haya de venir a juzgar todo estrictamente! La trompeta, esparciendo un sonido admirable por los sepulcros de todos los reinos, reunirá a todos los hombres ante el trono. La muerte y la naturaleza se asombrarán cuando resucite la criatura para que responda ante su juez).

TOMÁS DE CELANO, monje franciscano, siglo XIII

Sábado 14 de marzo de 2020. Se abre la espita ante lo que todo se derrumba. España, sobrecogida por el espanto, se pone en primer tiempo de saludo ante cualquier orden o insinuación que le llega del gobierno. El poder ejecutivo de la cuarta potencia europea, pillado por el virus silbando en la vía del tren, con las canillas tiritando ante las oleadas de contagios confirmados, trata de enmendar su irresponsabilidad con un giro monumental: todos en «prisión domiciliaria» por lo civil o lo militar.

Ese sábado de la incipiente primavera española tiene lugar un tenso Consejo de Ministros extraordinario. El vicepresidente, Pablo

Iglesias, el primero que en el Ejecutivo otea lo que se avecina, quiere hacer de la necesidad virtud y aprovecha la ocasión que brinda la pandemia para avanzar en su programa máximo: esto es, la nacionalización de las industrias claves (energía, productos farmacéuticos/sanitarios, grandes medios de comunicación). Nunca había imaginado que al aterrizar en el poder se presentaría tan magra ocasión para acelerar sus planes.

El sorpresivo órdago podemita, realizado en el corazón mismo de la decisión del poder ejecutivo, desconcierta al presidente, quien, paralizado, mira de reojo a la vicepresidenta, Nadia Calviño, que se revuelve nerviosa en su asiento. Acabado el alegato de Iglesias, pide la palabra para oponerse «tajantemente» a sus propuestas. ¡Es una barbaridad! Queda claro ante el resto de los silentes miembros del gobierno que el agresivo covicepresidente tendrá que esperar a mejor circunstancia; inicialmente el programa bolivariano del siglo XXI estaba previsto para implantarse en los próximos cuatro años.

Mientras, los españoles en sus domicilios contienen el aliento ante la anunciada y retrasada comparecencia presidencial. Finalmente, Pedro Sánchez se dirige a la nación para decretar el estado de alarma presentando un panorama muy sombrío que contrasta con el jolgorio gubernamental de hace tan solo horas. Garantiza una determinación señera para «hacer frente a la guerra que el virus nos ha declarado».

A esa hora —mientras la nación entera es presa de todo tipo de rumores sobre lo que sucede en el palacio de La Moncloa— se espera el parto de un gobierno ya mal avenido y a codazo abierto por los resquicios de poder; el virus baila muñeiras, sardanas, jotas y seguidillas por el vasto territorio de la península Ibérica.

Unas horas antes, tras las múltiples advertencias nacionales e internacionales, el gobierno y específicamente su presidente toman cabal idea de lo que está en juego, con un 8-M amenazante y denunciador que, pese a todos los intentos desesperados en la memoria de los españoles, no se borra. Se trata ahora de ganar tiempo al tiempo perdido y al desprecio. El presidente conecta telefónicamente con los principa-

les líderes de la oposición —Casado, Arrimadas— para preocuparles por el ciclón que amenaza con despoblar España de ancianos y dejar la economía como un paisaje lunar.

—¡Estamos para lo que se precise en estos momentos, presidente! Es el resumen de la corta entrevista con el jefe del PP. Algo parecido ofrece Arrimadas. Incluso VOX, la oposición sin cuartel al gobierno, vota a favor en el estado de alarma y su primera prórroga. Luego, Santiago Abascal —envuelto en argumentos irrefutables acerca de la utilización «política» que de esa excepcionalidad hace el tándem Sánchez&Iglesias— prefiere lanzarse a la calle y no dar un centímetro de ventaja a la entente progubernamental que denomina genéricamente como «comunista».

Al día siguiente, domingo 15, las calles de España amanecen desiertas, envueltas en un clamor repleto de congoja. La sociedad respira con dificultad con el televisor encendido desde que sale el sol hasta el ocaso. Se batan todos los récords históricos en el consumo televisivo y de seguimiento en la prensa digital. En esos momentos, unidades especializadas del Ejército y de las Fuerzas de Seguridad (Policía Nacional y Guardia Civil) se despliegan por la mayor parte del territorio e impiden que ningún ciudadano —sin causa mayor— abandone sus domicilios. El presidente comunica a los jefes de las comunidades autónomas sus planes de «guerra» bajo un mando único. Todos ellos lo aceptan, con la excepción de Quim Torra, de la Generalitat catalana.

El 16 de marzo se ordena el cierre de fronteras (como había solicitado semanas antes la oposición), se aplazan las inminentes elecciones en Galicia y País Vasco y las grandes multinacionales anuncian regulaciones de empleo temporal (ERTE).

El 17 más unidades del Ejército y de la Infantería de Marina recorren ciudades y pueblos de España (incluidos los territorios de Cataluña y País Vasco) en labores propias de desinfección y orden público. Lo nunca visto desde la restauración democrática hace cuarenta y tres años.

El miércoles 18 el rey se dirige a la nación; pide responsabilidad, sudor y lucha. Ese mismo día aparecen centenares de muertos en las residencias de ancianos de Vitoria, Tomelloso y Madrid. Muere a la edad de treinta y siete años el primer guardia civil sin síntomas anteriores de enfermedad.

El 19 de marzo fallece la primera sanitaria, enfermera en un hospital de Galdácano (Vizcaya). El Ejército toma el aeropuerto del Prat (Barcelona) cerrado ya a cal y canto por los uniformados.

El 20 de marzo el Gobierno anuncia que ya se han contabilizado más de 1.000 muertos y una cifra superior a los 20.000 contagiados.

Hasta aquí el relato en escuetos hechos de la primera semana de la pandemia en España. Durante esos cinco días empieza a cambiar abruptamente su historia reciente. 47 millones de teóricos ciudadanos libres, amparados por un Estado de Derecho, asisten despavoridos, con la respiración entrecortada, inanes y disciplinados, ante un Gobierno que intenta actuar precipitadamente después de haber despreciado todas las alertas en una reacción tarde y sin acierto.

Todos los españoles que han querido tener cabal conocimiento de lo ocurrido durante los primeros cien días en una nación preñada por el síndrome del desastre y el cataclismo han podido acercarse a esa realidad. No sin la manipulación, la desinformación y el oscurantismo que desde el primer momento intenta un Gobierno asustado por sus propias responsabilidades. Cierto es que la experiencia de años en el ejercicio de la observación política y social me permite escribir que hay hechos relevantes todavía desconocidos que, a buen seguro, serán pasto de los historiadores en un futuro cercano. Esos hechos darán cumplida cuenta de unos y otros, en especial de aquellos que manejaron durante esos trágicos días el Estado que se deshilachaba entre sus manos.

La previsión editorial era que este libro se distribuyera por todos los rincones de España el 23 de abril de 2020, tras meses de arduo trabajo, dedicación, investigación y análisis. Pero ni pudo ni quiso, por razones obvias en un país bajo el imperio de la excepcionalidad y

con los ciudadanos confinados, ver la luz sin antes apuntar a vuela pluma los hechos, rasgos, determinaciones gubernamentales y derivas de la oposición democrática ante un acontecer con ribetes ciertamente históricos.

Esta es la crónica sin anunciar después de cien días, nunca vistos, en los que el pueblo español perdió su libertad de tránsito y algunos de sus derechos fundamentales. Cien días en los que comprobó el jaez de sus gobernantes y el valor de ley —si lo hubiera o hubiese— de los dirigentes en la oposición. Y, sobre todo, cómo un bichito maldito vino a trastocar por completo su futuro inmediato como comunidad y como individuos. Por generaciones varias.

Esta es la historia cuando todavía no se ha echado la persiana, por lo tanto incompleta, en la que generaciones completas de españoles —al igual que las del resto del mundo libre— se ven obligados a cambiar de paso. Sorprendidos, temerosos y ahora con cabal idea de que la vida nunca dejó de ser un soplo.

Aquellos inquietantes días de invierno

Recapitemos. El 13 de enero de 2020 amanece en Madrid un día típico del invierno mesetario. Los españoles han pasado las fiestas navideñas y de fin de año ajenos a lo que ocurre en la deleznable situación política. Pedro Sánchez, después de año y medio en el poder tras una controvertida y oportunista moción de censura, ha decidido echarse en los brazos de Pablo Iglesias y formalizar el primer gobierno de coalición tras la Guerra Civil.

La niebla y el frío envuelven ese día el bello y ecológico complejo real de Somontes, a 8 kilómetros de la Puerta del Sol, residencia oficial de la familia real. Felipe VI se ha despertado muy temprano, se ha leído toda la prensa nacional y las principales cabeceras internacionales y se prepara para una toma de posesión del nuevo gobierno con un sutil toque histórico.

El rey ofrece una imagen impertérrita y hierática, consciente del momento y su responsabilidad constitucional. En ese empeño se juró desde el primer momento de acceder al trono: no apartarse un ápice, aguantar los ataques e incluso las impertinencias de los que desean su exilio. Mucho más nerviosos y patosos se les ve a los cinco ministros podemitas que su *conducator* particular ha logrado colarle a un entregado Sánchez, no sin tener que estirar la mesa del Consejo de Ministros hasta 22 miembros y 4 vicepresidencias. Ninguno de ellos había cotizado nunca un solo mes a la Seguridad Social desde el sector privado. Todos han abrevado durante toda su vida en las arcas del Estado sin haber gestionado jamás ni una mercería. Un asunto nada baladí, como se podrá comprobar a lo largo de la irreductible pandemia. A algunos de ellos, por su manera errática de conducirse en palacio, diríase que después de tantos golpes bajos que han propinado al jefe del Estado, sufren ahora el miedo escénico de encontrarse frente a frente con el máximo representante institucional que han combatido en la calle, las instituciones y los medios. Todos ellos, incluidos Pablo Iglesias y Alberto Garzón, prometen «lealtad al rey... y cumplir y hacer cumplir la Constitución como norma fundamental del Estado».

Por fin, tras ocho meses de trapicheos de la clase política dirigente y dos elecciones generales en seis meses, el presidente del Gobierno puede ofrecer a Su Majestad el Ejecutivo que lleva tiempo solicitando. En este sentido, es el momento de recordar que, pese a los continuos ataques sufridos por la Corona de los que hasta hace poco eran la quintaesencia del «antisistema» y encarnizados perseguidores de la Constitución de 1978, su máximo representante se adorna con el silencio en la presunción de que una vez que pisaran moqueta las lanzas se tornarían en arados. Sea como fuere, desde la restauración democrática de 1977, el salón principal de la residencia oficial del rey nunca había conocido un aquellarre ministerial con tantos miembros y, además, tan variopintos. La novedad ese relevante 13 de enero es que los principales azotes de la monarquía y del sistema parecieran caer de hinojos

ante la cercanía del poder que les iba a permitir cambiar de estatus personal y de vida.

Los prolegómenos y la oficialización televisada del pacto entre el PSOE de los 148 escaños y los neocomunistas de Podemos/IU son bokassianos, hollywoodienses, atendiendo al diseño que ha perpetrado el director del Gabinete de la Presidencia, Iván Redondo, ascendido a plenipotenciario de todo, con el que regodea el enorme ego, cuasi enfermizo, de su cliente. Ese mismo día habían entrado en prisión siete dirigentes socialistas asturianos por robar dinero público de la Consejería de Educación. Pero, «escucha presidente, lo que no sale en La Sexta no existe...».

Es comprensible la euforia nada disimulada de la muchachada podemita, especialmente aquellos a los que les ha tocado la lotería en forma de cartera de cuero serigrafiada con letras en oro. Con 35 diputados y poco más de 3 millones de votos (12,8%), la formación de Iglesias (reconvertido en su caudillo), en constante declive en los sucesivos comicios desde el 2016, alcanza el poder una vez torcido el brazo de aquel que había jurado por sus muertos, y los que de inmediato se amontonarían en las morgues de toda España, que jamás, jamás, jamás pactaría con los populistas comunistas porque «esos solo saben fabricar cartillas de racionamiento, miseria y dictaduras...».

Tal es así que, aunque teóricamente las cinco carteras moradas son de menor calado, Iglesias ha comentado a sus íntimos que lo sustancial es estar en el Consejo de Ministros sea como fuere. Luego, ya me encargará él de ir ocupando los espacios «exigidos cuando echamos a Rajoy...». En esas mismas confidencias partidarias, el «macho alfa» deja caer que no tiene en alta consideración la estructura psicológica de su nuevo presidente y que, en efecto, le podría ir comiendo el terreno a medida que el gobierno eche andar. Nadie le podrá negar al ya declarado abiertamente «comunista» —hasta su conquista del poder siempre anduvo divagando con esa etiqueta— su certera visión de lo que acontecería poco después, incluso aprovechando una tragedia de proporciones cósmicas. En la primavera de 2020, a unas sema-

nas tan solo de haber accedido a la Vicepresidencia de Asuntos Sociales, don Pablo se cuela subrepticamente en la Comisión Delegada para Asuntos de Inteligencia, esto es, del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), uno de los resortes fácticos más decisivos del Estado. Lo consigue, tras muchas presiones al presidente, mediante un añadido/enmienda a la Ley 2/2003 que regula el mencionado organismo que preside la vicepresidenta Carmen Calvo. Justamente, en el decreto que declara el estado de alarma.

Su arrojo, descaro y determinación *magnis itineribus* en pos del poder tiene en Iglesias el premio merecido. Inmune a los hechos que le señalan en financiación y amistades peligrosas, sus declaraciones *avant match*, las autocontradicciones manifiestas, su enfrentamiento habitual con los medios críticos que le sitúan en un sinfín de irregularidades políticas y personales y su riesgo asumido en la ocupación del poder son datos inherentes a la rutilante carrera de un político de cuarenta años que hace apenas un lustro no era más que marginalidad, con un sueldo de 800 euros y muchos millones procedentes de sus amigos caribeños, algunos de ellos señalados como narcotraficantes por la DEA norteamericana.

El ansia de poder y gloria lo sufren en primer lugar sus compañeros socialistas del Gabinete que se quejan amargamente ante su jefe. Sánchez los oye como si escuchara el caer de la lluvia en predios galai-cos. El primero en sufrir el acoso del caudillo podemita es el ministro de Sanidad, Salvador Illa, al que Iglesias disputa los principales despachos del viejo edificio rojo sito en el paseo del Prado, antigua sede de los sindicatos verticales. Ahí a manotazos, por las bravas, decide dónde se sienta él, Illa y su remedo Alberto Garzón, quién ha sido agraciado con un inexistente ministerio sin competencias, pero que tiene la virtualidad de poder colocar a los amigos y «camaradas». Primer aviso: Iglesias Turrión sabe mejor que nadie que tiene a Sánchez acogotado; no se puede permitir el lujo de echarlos a las tinieblas exteriores, so pena de perecer él mismo entre las llamas.

En los primeros días y semanas, los ministros de Unidas Podemos acaparan todo el protagonismo público. Los *dossiers* ministeriales sobre

las cosas de comer les importan justo. El «medio es el mensaje» que dirían McLuhan y Theodor Adorno. Fieles a los postulados de su comandante en jefe, lo sustancial es estar en los medios, vender lo que dicen que van a perpetrar y apuntarse cualquier iniciativa del gusto de colectivos que arrastran tras de sí millones de votos. Aquellos que vaticinaron que el poder, el coche oficial y los extraordinarios sueldos (en el caso de Iglesias dos) moderarían al leninista se equivocaban. Muy al contrario. Lo más que consigue el *new establishment* personal y familiar es pasar por Zara a comprar una chaqueta o vomitar desprecio a todo aquel que ose poner en cuestión las medidas gubernamentales.

Tras los escuálidos resultados del 10-N —12,8 por ciento de los sufragios, a 700.000 votos de diferencia de VOX—, la fuerza «ultraderechista, parásita, miserable» que combate desde su alto rango institucional, su posición —entonces ampliamente cuestionada entre sus bases y con los antiguos compañeros en desbandada, excepto el exportable caribeño Juan Carlos Monedero— es salvada por Sánchez sin tener necesidad parlamentaria de ello. Inés Arrimadas le ofreció la fórmula 221, es decir, la formación de un gobierno monocolor apoyado desde fuera por el Partido Popular y Ciudadanos, básicamente, para hacer frente al tsunami económico y social que se venteaba en lontananza. Sánchez opta por lo reseñado ante el asombro y desesperación de los dirigentes más templados de la socialdemocracia española; a esas horas, tras el episodio de tirarle por la ventana en aquel famoso Comité Federal y la vuelta del madrileño, en franca derrota y retirada. El PSOE era ya el predio exclusivo de Sánchez.

Al despuntar el año 2020 en la España sanchista, el gobierno «radicalmente progresista» solo puede certificar y certifica años de vino y rosas para su propio porvenir. Cree que le espera décadas de disfrute del poder alcanzado escuálidamente con una mayoría parlamentaria incoherente y rara. De hecho, el que desde el inicio mismo aparece como el presidente fáctico, Pablo Iglesias, no tiene reparo alguno en afirmar horas después de su toma de posesión que la coalición izquierdista estará «como mínimo diez años en el poder...». En realidad, su

sueño no disimulado es demostrar a sus antiguos próceres que España no está tan lejos de Leningrado (hoy San Petersburgo), y que los roces caribeños también pueden servir para alcanzar un acendrado poder en la que todavía es la cuarta potencia en la Unión Europea.

La persecución desatada en busca del poder (y del dinero) a toda costa no solo se puede colegir en la cúpula del Ejecutivo, sino también en los escalones siguientes. Iglesias y su escudero, Alberto Garzón, tratan de colocar y elevar el nivel de vida de aquellos que les demuestran fidelidad perruna; es un panorama que en el mejor de los supuestos tiene su aquel. «Pueden ser comunistas, pero no tontos...», confiesa a este autor uno de los primigenios dirigentes que formalizaron el núcleo duro de Podemos tras aquel ya lejano 15-M. Se trata de uno de esos miembros —como casi todos— que abandonó el movimiento cuando sufrió en propia carne la derivada autoritaria y personalista que tomaba el *conducator* y el *semi-conducator* Juan Carlos Monedero. Todos los que poco a poco han abandonado ese barco consideran que han sufrido un «engaño de libro».

La lucha abierta entre socialistas y comunistas durante esas primeras semanas por ocupar espacios de poder fáctico/mediático y los lugares estratégicos se salda con victorias rotundas a favor del vicepresidente segundo. De modo que desde un primer momento el dique que el PSOE levanta para evitar riadas desestabilizadoras es una socialdemócrata desteñida llamada Nadia Calviño, cooptada por Sánchez para tratar de calmar la inquietud que su gobierno provoca entre las potencias comunitarias. Tiene que amenazar y volver a amenazar con su dimisión cada vez que quiere poner puertas al campo.

Ya en esos momentos, Sánchez está convencido por Iván Redondo y por el viejo Tezanos de que el centro derecha jamás volverá al poder mientras las «tres derechas» anden a la greña y en abierta disputa, algo de lo que también es firme convencido el nuevo vicepresidente social. Además, los nacionalistas y separatistas vascos, amén de la izquierda radical catalana, que van de la mano en el intento secesionista catalán, nunca avalarán dar paso a un gobierno encabezado

por el centro derecha, acompañado si se da la situación por la derecha radical española.

La seguridad en sus propias fuerzas políticas y las de sus coyunturales aliados parlamentarios, la confirmación de que pueden disponer de la caja pública a su antojo durante los próximos cuatro años, la enorme incapacidad técnica de los 22 miembros del Gabinete, la ausencia total de experiencia de esos ministros para gestionar asuntos de calado y la imperante necesidad de dar satisfacción al resto de grupos políticos que les han instalado en el poder les hacen despreciar las alarmas incesantes —internas y externas— sobre la extensión de un bichito que ha sido criado en laboratorios oscuros de un rincón de una remota ciudad amarilla. Se trata de un gobierno esencialmente ideológico más que de un equipo de gestores para encarar las reformas económicas y sociales que se demanda desde hace años.

Llega el terror amarillo

El hombre propone y Dios dispone. Lo único que tienen asegurado los humanos es el pasado; el presente y mucho más el futuro es un arcano inabarcable. En esos momentos del mes de enero de 2020, el tándem Pedro Sánchez&Pablo Iglesias, sus deudos y beneficiados están tan eufóricos y seguros de sí mismos que desprecian cuanto ignoran. No se percatan, si se percatan peor, de lo que está a punto de ocurrir —de hecho ya está ocurriendo en buena parte del globo y en un país tan cercano como Italia— que hace temblar las columnas de la tierra. Ni siquiera sospechan, se niegan a creerlo, que las noticias que se fechan en una ciudad china puedan rozar siquiera la felicidad que les embarga. Hay problemas en España, pero nada que no pueda resistir el abrazo inmarcesible que hace unos días se han dado en sede parlamentaria un presidente que lleva ya año y medio en el poder sin hacer otra cosa que gastar 27.000 millones y un líder visionario llegado al poder que terminar por redimir a los parias de la seca tierra española.

Transcurrido ya más de medio año de aquellos inquietantes días, se puede realizar un relato objetivo sobre la base de datos afilados. Es un hecho comprobado por informaciones posteriores fiables, tanto procedentes de fuentes nacionales como las internacionales, que el Gobierno ya a finales del mes de diciembre de 2019 y en los primeros días de enero era advertido a título de «informes confidenciales» y «notas informativas» que en Wuhan (China) pasaba algo raro con un extraño virus que tenía un poder devastador en la salud de los humanos y que había puesto muy nervioso al régimen comunista del emperador Xi Ping.

La estación del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) en Pekín remite una «nota» a la Cuesta de las Perdices en Madrid alertando de lo que podría ser una amenaza real, aunque en ciernes, sobre la seguridad nacional y la salud de los españoles. La «nota» de los agentes de la Información y la Inteligencia españoles se distribuye por la superiora a la cadena de mando política a la que sirve. Justamente, el 31 de diciembre de ese año, las autoridades sanitarias de Wuhan informan de que se han detectado 27 personas diagnosticadas por «síndrome respiratorio agudo grave de origen desconocido...». El 7 de enero el gobierno de Xi Ping anuncia que se ha localizado un virus de la familia «corona». A partir de esa fecha, la epidemia se localiza en casi todos los países asiáticos, en Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Nueva Zelanda. El 30 de enero de 2020, el Comité de Emergencias de la Organización Mundial de la Salud (OMS) lanza un SOS a escala global alertando de que el planeta está ante un riesgo tan letal como desconocido. En unas semanas la propia OMS, cuyo director general, Tedros Adhanom Ghebreyesus, es acusado directamente por las potencias occidentales de estar a las órdenes de Pekín, cuyo régimen trata de exculparse de la creación, transmisión y aceleración del mortal virus.

En realidad, y a tenor de los datos médico/científicos conocidos posteriormente, el coronavirus empezó a matar en España el día 8 de enero, aunque oficialmente el gobierno se llame a andanas y eche toda

la tierra posible en un acaecido que les condena. No resulta verosímil que fueran tan estultos como para no percatarse de lo que se avecinaba. En esos momentos, las alertas sobre el leviatán de la pandemia se acumulan sobre las mesas gubernamentales. Antes del 8 de marzo, fecha icónica para el feminismo del que el gobierno hace bandera, incluso un informe del Centro de Alertas Sanitarias que firma hasta el doctor Fernando Simón, prevenido por la OMS, la UE y el resto de los organismos internacionales, subraya la emergencia que se ha instalado sobre España. Ni quisieron, ni pudieron, abortos como estaban en disfrutar del poder, y por ende mintieron cuando el «tsunami» sanitario se cobraba por centenares y miles la vida de los ciudadanos. Lo sustancial para el gobierno es alardear de su posición hegemónica y que nada les distrajera de soñar con el «poder de los mil años» que preconizó el nacionalsocialismo alemán cuando ocupó la cancillería teutona.

El ministro de Sanidad (un filósofo de formación académica que nunca ejerció) y el director del Centro de Coordinación y Emergencia Sanitarias, Fernando Simón, reconocen posteriormente que el 5 de marzo en una reunión secreta —como casi todo a partir de la epidemia— se sabía que la situación ya era muy complicada y el virus chapoteaba por doquier. Fue el argumento que utilizaron para suspender *manu militari* un congreso religioso que iba a celebrarse en Madrid dos semanas después, porque «suponía un enorme riesgo para la salud pública». No fue el único aviso clamoroso. El 13 de febrero debía llevarse a cabo el Mobile World Congress en Barcelona. La suspensión del mismo por parte de las grandes firmas mundiales del sector, fundamentalmente las asiáticas que estaban informadas del asunto, supuso una orgía de desafíos, desautorizaciones e imprecaciones por parte no solo del posteriormente ministro de Sanidad, Salvador Illa, también de la vicepresidenta Carmen Calvo y de todos los portavoces mediáticos del sanchismo... «Es una decisión política que nada tiene que ver con la situación sanitaria de España, que está garantizada».

El 10 de febrero tiene lugar la gran prueba de cargo antigubernamental. Fernando Simón firma el informe decisivo en nombre del

centro que dirige con la solvencia técnica de los científicos del organismo público, y que podría servir de prueba irrefutable ante los tribunales de Justicia por las numerosas querellas criminales que miles de ciudadanos afectados han presentado ante dicho poder. ¿Qué es lo que lleva al doctor Simón a cambiar de chaqueta, contradecirse a sí mismo y dejar sus flagrantes contradicciones como pasto de lo que no debe hacer un responsable científico? Las fuentes consultadas en las diferentes esferas donde se mueve profesional y personalmente el doctor Simón coinciden en afirmar que no estaría lejos la presión ejercida por el gobierno en una dimensión desconocida y de extraordinaria necesidad, apelando a los intereses nacionales de enorme emergencia.

El 6 de marzo, dos días antes del 8-M, el CCAES vuelve a emitir otro informe —retirado posteriormente de la página web oficial del Ministerio de Sanidad—, subrayando el peligro que suponían los «asintomáticos», amén de que «el virus tiene una altísima tasa de transmisión» en eventos, «contagiando a distancias de hasta dos metros». Habría habido tiempo más que suficiente para haber decidido la suspensión de dicha manifestación y cualquier otra similar que hubiera podido reunir a masas de población. Antes, también habían llegado severas advertencias por parte de los organismos de la Unión Europea, donde el propio Simón ha asistido en persona, y de los servicios de la Comunidad de Madrid, a cuyo frente está el doctor Ruiz Escudero.

El 7 de marzo, en rueda de prensa del escudo sanitario gubernamental preferido por el presidente Sánchez (Fernando Simón) dijo que si su hijo le preguntara acerca de la conveniencia de asistir o no a la manifestación feminista del 8-M, «le diré que haga lo que quiera...». Una declaración que le perseguirá mientras viva. Cuando Italia se debatía ya (23 de febrero) entre la vida y la muerte, el «gurú» del coronavirus, que prefirió entregarse a las exigencias políticas del gobierno que a transmitir la verdad a sus conciudadanos que le abonan su sueldo, afirmó esto: «España no va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado...». En ese momento el cálculo es que habría ya más de

30.000 españoles infectados por el virus de Wuhan. Con estos antecedentes, el gobierno pretende esos días que los ciudadanos hagan dogma de fe de toda palabra que sale del cansino portavoz sanitario.

En esa línea, sin embargo, se prodigaron todos los portavoces gubernamentales. El ínclito Pablo Echenique arremetía contra la prensa libre que ponía el dedo en la llaga. «El Gobierno lo tiene todo previsto... ¡No pasa nada! Hay un alarmismo exagerado e interesado en los medios españoles...». Puso como ejemplo de periodismo excelso al corresponsal de TVE en Italia, Lorenzo Milá, quien con sesuda placidez afirmaba que en el país donde vivía el alarmismo de la población no respondía a la realidad beatífica en la que chapoteaba la nación transalpina. A estas alturas ya sabemos el número de muertos y contagiados del país del *premier* Giuseppe Conte.

El 4 de marzo, la ministra de Economía, Nadia Calviño, aplica el mismo patrón a su predio: «Puedo asegurar que el impacto económico del coronavirus en España no será significativo...». Dos meses después, el Reino de España está desahuciado y busca desesperadamente la muleta financiera de la Unión Europea siquiera para atender los enormes gastos corrientes de una Administración mastodóntica. Los principales edecanes mediáticos progubernamentales se conducen en la misma línea. No aceptan la letalidad del virus («mera gripe», repiten como papagayos) y mandan despreciativamente al averno a todo aquel que osa poner en cuestión las cuentas que bendicen Sánchez&Iglesias.

En realidad el gobierno, ajeno por completo a una valoración estimada y razonable del peligro ya instalado, obra en consecuencia. Ni se prepara técnicamente ni acude al mercado sanitario mundial en busca de tests, mascarillas, EPI...; deja que el virus fluya a su antojo desde Finisterre al Cabo de Gata. Luego, intentará paliar con falsedades y mentiras de niños mal criados su propia responsabilidad. Acudirá a los «recortes» teóricos llevados a cabo en la etapa del PP como único agarradero. Precisamente, cuando en esos momentos Sánchez lleva ya año y medio en el poder y, de existir, podía haberlos reconvertidos.

Asustado y desarbolado por la pandemia («lo que nos viene encima», dirá una vicepresidenta), el gobierno opta por comprar compulsiva y sospechosamente, sin ton ni son, mediante intermediarios sin experiencia alguna en la materia, cuyos únicos *inputs* son su cercanía política, amistad personal y proximidad geográfica y política con el ministro que en ese momento lo manda todo, Salvador Illa. Además de ineptos, ¿corruptos?, se preguntan en los medios de comunicación críticos y en las redes sociales que perciben la negra sombra de la sospecha. ¿Quién o quiénes han sido los agraciados con la morterada de millones que el gobierno Sánchez ha dilapidado en material inservible, defectuoso o en mal estado? Antes ha liquidado de un plumazo el Portal de Transparencia, porque yo lo valgo, y después se niega en redondo, como es preceptivo y en ley, a facilitar los datos de los agraciados con las adjudicaciones gubernamentales por un montante cercano a los 1.000 millones de euros en el total de compras muchas de ellas fallidas.

«Está claro —dijo el vicepresidente Iglesias Turrión, sesenta y cinco días después y con media España ya en pie de guerra— que no supimos dimensionar lo que se nos venía encima».

—¿Por qué no hicieron caso a la OMS, a la UE y a Italia cuando ya tenía 1.000 muertos y por qué los fallos clamorosos del mando único en lo relativo a las residencias de ancianos?— pregunta Matías Prats.

—«De eso tiene mucha culpa la sanidad privada, los recortes del PP y los fondos buitres...», declara Iglesias que, acto seguido, pide un esfuerzo de unidad al resto de los partidos entorno al gobierno y «aparcar toda referencia ideológica». La carcajada ese domingo 17 de mayo retumba en todos los rincones del país mientras sus apoyos electorales se diluyen como el mal desodorante.

La prueba del carbono. El 31 de mayo de 2020, durante una entrevista en EuskalTelebista —controlada por el PNV, aliado en esos momentos de Sánchez—, Irene Montero, a micrófono cerrado, se confiesa con la entrevistadora.

—Tía —subraya—, no lo diré en la entrevista, pero al 8-M acudió mucho menos gente por el coronavirus...

Esto significa que tenían ya cabal conocimiento e información de lo que acontecía con el bichito.

Cierto es que el vendaval también pilla con los pantalones bajados a otros gobiernos señeros e incluso al frente de países más poderosos que España. Desde el estrafalario Boris Johnson en el Reino Unido, que caerá a golpe de virus bajo sus chulerías británicas, al extravagante Donald Trump al frente de la primera potencia mundial. Mal de muchos... consuelo de ineptos es la cantinela que repiten Sánchez y sus edecanes allá donde haya alguien que quiera escucharle. Incluso, consigue que haya muchas gente en España que lo crean.

Llega el 8-M, la prueba del delito que la izquierda gobernante quiere sacudirse como araña venenosa utilizando todo tipo de ardidés y argumentos sin consistencia; en ocasiones rayando el patetismo. En efecto, días antes de la celebración feminista con más de 280 actos diseminados por todos los rincones de España, el aparato mediático/político progubernamental jalea las concentraciones, arrincona los avisos sobre el peligro letal y se anatémiza a todo aquel que ose poner en duda la capacidad terapéutica del feminismo andante. La vicepresidenta, Carmen Calvo, quien intenta recuperar lugar ante el asedio de su colega Iglesias que la borra del mapa decisorio gubernamental, se distingue «a mucha honra» en dicha operación.

Le diría a una mujer que tiene dudas de acudir a nuestra manifestación que asista porque le va la vida en ello.

Tras la denuncia presentada por familiares de fallecidos, la juez madrileña Carmen Rodríguez Medel investiga el asunto. Es la instructora del caso Cifuentes e investigadora de Pablo Casado. A finales de mayo, salta un monumental escándalo democrático cuando el ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, liquida *manu militari* al coronel de la Guardia Civil, Pérez de los Cobos, por negarse a facilitar las pesquisas de la Benemérita a tal propósito del 8-M requeridas por la juez en ejercicio.

Lejos está de sopesarlo Carmen Calvo, quien cayó infectada por el virus horas después de la gran exhibición en las calles de Madrid. La cordobesa, realmente muerta de miedo, acude rauda a refugiarse en una lujosa suite en la privativa y carísima clínica Ruber y cobijarse durante el postratamiento en un extraordinario piso del Estado, sito en la madrileña plaza de España, para guardar reposo y recuperar sus desguarnecidas defensas. Los mal pensados concluyen que todo a costa del contribuyente, naturalmente.

La concentración feminista madrileña, con más de 280.000 personas, encabezada por lo más granado de la élite oficial, incluido el propio Marlaska, permite al virus —a juicio de multitud de expertos— expandirse a sus anchas. Además de Calvo, caen Irene Montero, quien reivindica para sí el madrinazgo de tamaña concentración, la ministra canaria Carolina Darias, Begoña Gómez, esposa del presidente, y una enorme retahíla de aquellas que sostienen la pancarta en primera línea de la cordada; saltan, gritan, se divierten y se exhiben sin pudor en el festín. Peor suerte, o menores cuidados médicos, tiene la activista feminista/socialista catalana África Lorente, que fallece semanas después por Covid19 tras alentar también con fruición el aquelarre de género.

Según pudo conocerse posteriormente, en los días previos al 8-M los contagios en España aumentaban en un 50 por ciento cada día. Tras las manifestaciones feministas, solo en Madrid se disparan en un 2.046 por cien. El dato facilitado en secreto al gobierno por el Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias (del Ministerio de Sanidad) deja al Ejecutivo a la intemperie. Su desquicie, presa del nerviosismo, le hace tomar decisiones a la brava, establece el ordeno y mando sin opción a repreguntas, navegando sin rumbo con medidas contradictorias entre sí, ya fuere a propósito de la utilización de mascarillas o la conveniencia o no de practicar el test. Lo mismo se prohíben las rebajas que se aconsejan, da igual ponderar la virtualidad de los ERTE que al final optar por los ERE, o multitud de reconversiones y contrar reconversiones diarias que pasarán a engrosar la infame historia de la gestión de un Ejecutivo en cuarentena mental.

Salvo para los irredentos de la izquierda militante, cabe decir —a tenor de los sondeos independientes— que tras los primeros días del confinamiento una mayoría de españoles ven la situación nacional cada vez más de color hormiga. Ciertamente es también que, preavisados del huracán que sobrevolaba ya la península Ibérica, ese mismo gobierno permite celebrar partidos de fútbol internacionales, así como un mitin de VOX en Vistalegre. El único damnificado es Juan Carlos Escobar, pastor y máximo responsable de la Federación de la Asamblea de Dios (FADFE), que tiene que cancelar el congreso de la Iglesia Evangélica en España a instancias del Ministerio de Sanidad. Pero en el pecado llevan la penitencia, como prueba indeleble de que conocían la situación.

El recordatorio objetivo de fechas y hechos es sustancial en esta crónica de urgencia de los cien días de la infamia. Incluso para los años venideros.

El 26 de enero, el ministro Illa garantiza: «Todo va bien, pero estamos preparados...». El portavoz podemita, Pablo Echenique, agresivo y faltón, afirma: «El gobierno lo tiene todo previsto... No habrá pandemia... Ya les gustaría a los tertulianos tener el nivel de los profesionales sanitarios españoles...». En La Sexta, la añeja comunista Cristina Almeida —la misma que cobra 3.000 euros de pensión a cuenta del Congreso de los Diputados sin haber cotizado nunca a la Seguridad Social— jalea a correr el riesgo de infectarse, porque hay que otros virus peores.

A medida que transcurren los días, el «independiente» y «objetivo» jefe del CAES se convierte en un activista progubernamental que le hace perder la confianza de media España.

En horas, tras decretar el gobierno el estado de alerta, los mismos que ninguneaban entre chacota al coronavirus y se reían de aquellos que avisaban circunspectos —dos casos son especialmente llamativos al respecto, el eminente epidemiólogo Juan José Badiola y el periodista Iker Jiménez—, esto es, ministros, directores de programas televisivos, medios afines al sanchismo&podemismo, los llamados «creadores de

opinión» o «tertulianos» en la divertida jerga de José Mota, anatemi-
zan a todo aquel que levanta la voz ante los hechos consumados del
confinamiento, que, en la práctica, iba a resultar durante tres meses un
auténtico estado de excepción.

Durante esos interminables días pudo comprobarse la auténtica
faz de un gobierno que se creyó era de verdad. «Estamos improvi-
sando...», dijo uno de sus portavoces. «Pandilla de becarios», sentencia
el humorista Pedro Ruiz. Entre los numerosos sucesos de aquellos
días se llegó a coronar a Jorge Javier Vázquez, el rey de la televisión
intelectual de Silvio Berlusconi en España, como el principal refe-
rente intelectual de la izquierda española cuando, tras humillar a un
tertuliano de la prensa del corazón crítico con los comportamientos
de Iglesias, le espetó fuera de sí: «No te dejo hablar porque este es un
programa de rojos y maricones». La izquierda sale en tromba en su
defensa. Ya tenían a su nuevo líder.

Pablo Iglesias a esa hora ya se había hecho con los mandos fácticos
del Gabinete. Establece la hoja de ruta, incide en los asuntos que a él
partidariamente le interesan, silencio a ministros, desbarata a la social-
democracia taciturna, asume la portavocía internacional gubernamental,
amedranta a la judicatura y acusa a la derecha de intentar un
golpe de Estado y de haber causado la matanza con los recortes sani-
tarios durante la etapa del PP en el poder. Y provoca a todos, desde el
ministro de Justicia, compañero suyo, a Cayetana Álvarez de Toledo,
de la que se burla por su condición de «marquesa» y la respuesta de
la portavoz del PP que le llama «hijo de terrorista», con la denun-
cia contra VOX al que acusa de querer un golpe de Estado. Iglesias
es el que agita el árbol en un rol de activista que no termina de casar con
el cargo institucional del que disfruta y que asusta a los sectores más
templados del socialismo sanchista.

Habría muchos otros elementos en la gestión gubernamental de
la pandemia que han devenido en pasto de futuros historiadores. No
es objeto central de este libro. Entre otras cosas, porque su análisis y
observación requiere volúmenes varios. Hay, sin embargo, un rasgo

presidencial de singular importancia para colegir acerca de la actitud de Pedro Sánchez. Sin haber leído nunca el Evangelio, un edecán del gran edecán Redondo le propone a su jefe que hile políticamente una sentencia que se recoge en el texto de San Mateo: «El que no está conmigo está contra mí, dice el Señor. Y el que no recoge conmigo, desparrama...».

Sí, en cambio, afirma los principales rasgos de esa gestión a la que el propio Pedro Sánchez califica en sede parlamentaria de «notable» cuando pide la quinta prórroga del estado de alarma, en un clima social ya irrespirable. Es sustancial para luego poder interpretar el papel de la oposición que es objeto esencial de este trabajo.

A modo de resumen, pudiera afirmarse que en el plano estrictamente sanitario el gobierno prefirió mirar hacia otro lado cuando multitud de informes oficiales y oficiosos le puso en guardia ante la escalada brutal de la pandemia. Ocultaron su gravedad por motivos políticos, y de aquel pecado original se derivaron varios desastres ante la ausencia de medios sanitarios —mascarillas, respiradores, geles, etc.— que produjo un mínimo de 50.000 muertos (hasta el día de hoy no hay cifra oficial y siempre se negaron a ofrecerla «para no asustar»), la mayor cifra de defunciones del mundo por millón de habitantes, «algo que horroriza al presidente», según testimonia a este autor uno de los colaboradores más estrechos de Sánchez. Fallecen más de 20.000 ancianos abandonados a su suerte en residencias de toda España y 54.000 médicos, enfermeros, celadores, auxiliares de clínica se infectan, encabezando así el triste *ranking* mundial de sanitarios a los que visitó, en ocasiones con resultado letal, el coronavirus. En realidad, es aquí donde la «gestión» del gobierno aparece más desnuda. Nada tiene de extraño, porque entre todos sus integrantes nunca habían regentado ni un estanco.

En el plano de las libertades el resultado es todavía más letal. El control de los grandes y medianos medios de comunicación, así como las amenazas a los disidentes es algo que se pudo describir con toda objetividad. No puede olvidarse que, a través de Miguel Ángel Oliver,

se filtraban las preguntas de los periodistas a los portavoces gubernamentales, incluido el propio presidente, hasta que la censura hizo explotar a los profesionales que consiguieron echar abajo algo tan indecente como inexportable. Esa manera de entender la libertad de información quedará para los anales. Sánchez termina por aficionarse al poder omnímodo y excepcional que le confieren las sucesivas prórogas. Lo primero que hizo fue cerrar el Parlamento —abierto posteriormente ante los cabezazos del resto de los grupos parlamentarios— y blindarse contra sus errores para que la calle no pudiera protestar. Pero el clamor en las redes —por vez primera la izquierda gobernante pierde la iniciativa en dos de sus predios hasta ahora esenciales: las redes y la calle— y los medios críticos hace que todos los búnkeres establecidos por Moncloa salten por los aires.

En materia económica se pudo comprobar también desde el primer momento que no existe un proyecto común sino diversos objetivos básicos y contradictorios dentro del Gabinete. Quizá el hallazgo más notable en la protección social fueron los ERTE, pero dos meses después de decretarlos más de un millón de trabajadores acogidos necesariamente a la figura no había cobrado ni un euro. Además, la previsión laboral es que millones de esos ERTE terminen por convertirse pura y simplemente en despidos. Algo similar ocurrió con el Ingreso Mínimo Vital («la paguita»), una de las medallas que se colgó Iglesias a toda velocidad reclamando la paternidad de la medida.

De modo y manera que, frente al fracaso en la gestión, se responde con autoritarismo. En esos días, Sánchez ya es comparado con el húngaro Viktor Orbán o el turco Erdogan, mientras la prensa militante trata de sacudir patentes de fascismo y ultraderechismo con todo aquel que no esté firme y en primer tiempo de saludo bajo las consignas gubernamentales. La sorpresa que atemoriza al *entourage* monclovita es que el centro derecha y la derecha radical descubren las redes. Hasta el punto de que ministros como Marlaska, Celaá, Castells y Garzón apuestan por la intervención y el control puro y duro de las mismas. ¡Como si se pudieran poner puertas al campo!

El gobierno, atrincherado, a la defensiva, acude al reparto de culpas y responsabilidades: el PP es culpable, decreta Iván Redondo, el gurú al mando en el complejo monclovita. Y, de paso, encuentran a la presidenta madrileña, Isabel Díaz Ayuso, el *pim-pam-pum* preferido por el entramado progubernamental. Saben que la lideresa madrileña es una de las niñas de los ojos de Pablo Casado.

Al finalizar el ominoso mes de las flores en una España ahíta de libertad, los ciudadanos conscientes lo único que exigen es que no se les entierren vivos, que no se cambien las normas de un día para otro, que su dinero se emplee en «cosas de comer», que se ahuyente las sospechas de corrupción, que se les permita disfrutar de las libertades de las que vienen disfrutando durante décadas y que lo que ayer era sólido no pueda trastocarse de un día para otro en el limbo de ninguna parte.

A lo largo de la pandemia, aunque también antes de la misma, la entente gubernamental (constituída en «Frente Popular» en la consideración de los observadores más radicales de la derecha), así como sus apoyos mediáticos, pudiera parecer que desprecian a la media España que es crítica. Unos y otros pasan la barrera de los «adversarios» para considerarles directamente como «enemigos». Y, obviamente, quien goza del poder está dispuesto a pasar el rodillo desde su superioridad fáctica a la otra mitad de ciudadanos que no les quiere.

Dos hechos descriptivos más que reflejan la situación de aquellos días en la España del gobierno «radicalmente progresista». Aparecen enormes «colas del hambre» cada día en las grandes ciudades ante las oficinas de caridad religiosa o las sedes de organizaciones cívicas y de solidaridad; los sindicatos tradicionales, ubicados en la izquierda o la izquierda radical, que reciben millones de euros del Estado, las comunidades autónomas o los ayuntamientos, ni están ni se les espera. Aquellos que buscan alimentos para la subsistencia propia o de sus familias son personas de todo tipo y condición, con formación o sin ella, que se han quedado sin empleo y sin recurso alguno. Paralelamente, y en cuanto la relajación del confinamiento se produce (Fase 1),

las oficinas de las casas de empeños son las más concurridas. Miles de personas que tratan de conseguir liquidez empeñando sus joyas, relojes y otras prendas que tienen algún valor en los mercados secundarios.

Para la España crítica la gestión de la pandemia tiene nombres y apellidos. En primer lugar, Pedro Sánchez, el hombre que abusa del poder y se escuda tras el temor al virus para apuntalar el poder. En segundo lugar, el ministro de Sanidad, Salvador Illa, el filósofo/burócrata del PSC que ha llegado a la poltrona sin ninguna experiencia, con desconocimiento total del sector sanitario y a través de la cuota obligada por su jefe de fila, Miquel Iceta. En tercer lugar, el jefe del CAES, Fernando Simón, el mismo que garantiza desde el primer momento que la pandemia pasará de largo por España y luego, durante casi 80 días, va de tumbo en tumbo hasta la derrota final.

Pero, desde el punto de vista político, la bestia negra de la España anti-Frente Popular es, sin duda, Pablo Iglesias Turrión, especializado en provocar al centro-derecha, y muy especialmente a la derecha radical, y que ha tenido que ordenar a la Guardia Civil cerrar la calle en la que habita y apostar cinco parejas de miembros de la Benemérita para ahuyentar a los manifestantes que le han cogido gusto a las caceroladas, otrora especialidad del podemita. Sus rifirrafes parlamentarios se suceden semana a semana, cada vez que algún miembro de la oposición trata de preguntarle alguna cuestión que le desagrade, por ejemplo, su responsabilidad en lo relativo a las residencias de ancianos, donde sus competencias gubernamentales son totales después de decretarse el «mando único». Apelaciones constantes al fascismo, la guerra civil, los argumentos *ad hominem*, al «no pasarán», a las nacionalizaciones de grandes sectores y a la caza dialéctica personal del opositor.

Hay, sin embargo, una ministra que alcanza esos días su máxima popularidad entre el pueblo: Margarita Robles, ministra de Defensa. Básicamente porque los uniformados bajo su mando, Unidad Militar de Emergencias (UME) y los militares que participan en labores humanitarias y de higiene por todo el territorio nacional, hacen su

trabajo en silencio, con sacrificio y entrega absoluta, sin levantar la voz y siempre a la orden. Y, en segundo lugar, porque Robles —quien le presenta a Sánchez a Marlaska, aunque luego acaban a obleas xacobeanas— acepta de buen grado las críticas a la gestión gubernamental y pide perdón por los errores cometidos frente, por ejemplo, a su antiguo protegido el ministro del Interior que no acepta reparo alguno. Esos días se impulsará su nombre desde sectores de la socialdemocracia arrinconada por Sánchez como eventual sustituta del madrileño.

Está por ver cómo reacciona el pueblo español ante las urnas, porque la pandemia social extendida *urbi et orbi* mete en previsiones un adelanto electoral. Pese a todo lo ocurrido durante los meses de marzo a mayo, parece que, al menos desde el punto de vista demoscópico, Pedro Sánchez resiste. No fueron pocos los observadores —dentro y fuera del PSOE— que imaginaron que el presidente no aguantaría la embestida. Aguanta, resiste y, además, presume de ello.

Lejos de quebrarse se faja con la crisis, trata de hacer de la necesidad virtud, acude a todo tipo de ardides de su inmarcesible chistera, utiliza la llave de la caja pública sin miramiento alguno y, al final, continúa al mando. El valor en este caso no se le presume. Sin embargo, es el presidente de un gobierno cuarteado, roto, sin rumbo fijo ni cuaderno de bitácora. Para el principal partido de la oposición no es un secreto en esos momentos que Sánchez preside un gobierno sin futuro, devorado por las querellas intestinas y solo sostenido por un poder fáctico mediático. Aparece entonces el nombre de un *crack*: Antonio García Ferreras.

Casado ante el abismo

La otra parte. ¿Cómo responde el principal partido de la oposición a la situación creada? ¿Cómo encara Casado en su calidad de jefe de la oposición unas circunstancias extraordinarias? ¿Coadyuva el envite a definir un proyecto alternativo de gobierno al llamado «Frente Popular»?